

Escuela cristiana y servicio a los pobres: claves evaluadoras

JUAN A. RIVERA*

*«Pobre es aquel a quien nadie escucha,
y que tiene que escuchar a todos»*

(P. Jacque Lebe, O. P.)¹

No nos resulta fácil en el Primer Mundo hablar sobre el papel de la escuela cristiana en relación con el servicio a los pobres. Por dos razones, al menos. La primera porque no es fácil definir a los pobres, y la segunda, que es consecuencia de la primera, porque no sabemos muy bien cómo detectarlos en nuestro entorno y, por tanto, cómo prestarles desde la escuela cristiana un servicio de atención.

Este artículo pretende poner un poco de luz sobre la identidad de la pobreza, sus manifestaciones en el mundo desarrollado y algunas pistas para evaluar la acción educativa desde la óptica de los pobres.

Sabemos muy bien que *«los pobres cambian de rostro, pero son el lugar posible que permite el paso de nuestras estructuras de hoy al presente-futuro del siglo XXI. Y, de nuevo, ellos deben ser la referencia de nuestra escuela, pues están en condiciones de abrazar, sin prejuicios, todo lo nuevo. En ningún caso, los llenos de todo (poder, dinero, prestigio) serán los que abran camino a la escuela cristiana, [...] Los pobres van a seguir siendo los auténticos protagonistas de nuestro deber educativo, siempre*

* Profesor de Sociología Religiosa en el Instituto «San Pío X», Madrid.

¹ Jacque Lebe es un sacerdote obrero dominico. En cierta ocasión predicó los Ejercicios Espirituales al Papa Pablo VI.

que volvamos nuestras instituciones hacia ellos sin quitarles o negarles nada de lo que se les debe, [...]. Porque cuando una escuela escucha a los más desfavorecidos, está ahondando en sus raíces, está obteniendo las claves de su progreso, se está colocando en la vanguardia de la historia y de la ciencia, pues está poniendo en relación el saber de los hombres y la resolución concreta de sus necesidades diarias².

1. ¿QUÉ ES LA POBREZA?

La aproximación de un análisis de la pobreza parte del carácter complejo poliédrico y multidimensional que la caracteriza. La pobreza es un concepto que no tiene las mismas connotaciones en los cinco continentes ni en cada uno de los 206 Estados del mundo. Pobre es *«aquel a quien nadie escucha y que tiene que escuchar a todos»*, decía J. Lebbe. *«Un pobre es un ser humano al que se le ha quitado la posibilidad de ser. La pobreza se define por la no satisfacción de aquellas necesidades que apuntan a la supervivencia y a la calidad de vida»*, afirma el cardenal hondureño Óscar Andrés Rodríguez³. Si se tiene en cuenta que en muchos países del mundo no están satisfechas ni las necesidades básicas pasivas ni las necesidades básicas activas y que a esto se añade que la calidad de vida deja todavía mucho que desear incluso en países del Primer Mundo, el área de la pobreza alcanza una extensión realmente preocupante.

Para facilitar la comprensión de este concepto y trazar algunas claves desde el campo de la escuela en general y de la escuela cristiana en particular, abordaremos la pobreza desde los ámbitos **económico, sociocultural, educativo y de los valores** lo que nos permitirá una mejor aproximación al tema.

² *La pedagogía de los Centros La Salle*. Cuaderno 4, pp. 17-18, Bruño, Madrid 1999.

³ Cf. Óscar A. Rodríguez, «El desarrollo humano, una llamada permanente de la Iglesia», en *Vida Nueva* 2340 (2002), pp. 18-28.

1.1 Pobreza económica

De entrada parece oportuno plantearse, tal como hace acertadamente Ruiz-Huertas una serie de cuestiones fundamentales tales como: «¿*Qué ha de entenderse por pobreza en los países ricos? ¿De acuerdo a qué criterios se caracteriza a unas personas como pobres? ¿Ser pobre implica estar por debajo del nivel de subsistencia, definido en función de unos estándares de alimentación, vestido y alojamiento, o debe interpretarse más bien como un nivel de vida inferior a lo que resulta socialmente aceptable en un país y momento histórico concreto?*»⁴.

Es bastante obvio afirmar que existen los pobres porque existen los ricos: en las sociedades desarrolladas la pobreza más frecuente siempre es la pobreza relativa, esto es, una pobreza fruto de la desigualdad social y del mal reparto de los bienes existente y que se manifiesta en una carencia o escasez (mayor o menor) de los bienes esenciales y básicos que configuran el bienestar social de una sociedad determinada. En general, puede afirmarse que es mucho más duro ser pobre en una sociedad rica y opulenta, que en una sociedad donde la escasez sea la norma generalizada.

El no captar las necesidades que existen en y en torno a nuestras instituciones educativas cristianas y/o el no prestar la ayuda pertinente para remediarla es la gran tentación en la que podemos estar cayendo. Como muy bien afirma J. K. Galbraith, uno de los pensadores más importantes de la cultura económica mundial, «*a medida que los países se desarrollan, y la mayor parte de la gente se siente cómoda y feliz, se tiene la tentación de olvidarse de aquéllos que están todavía fuera del confort*»⁵.

⁴ Jesús Ruiz-Huerta, «La pobreza en España: ¿Qué nos muestran las encuestas de presupuestos familiares?», *Revista de Documentación Social* 96 (1994), p. 17.

⁵ Citado por F. J. Alonso Torrén, Sociólogo del EDIS, en *Documentación Social* 96 (1994), p. 159.

Sería ideal contar con la percepción subjetiva⁶ de los propios pobres económicos. Esto es, conocer y analizar la opinión de los pobres respecto a su situación y a la de su entorno. Saber *cómo se sienten los pobres*, su mayor o menor grado de esperanza, o cómo consideran su situación. Sin duda, la mayor o menor predisposición de los pobres a superar su situación representa un aspecto fundamental en la lucha contra la pobreza. He aquí un interesante reto cara al futuro en este campo.

1.2. Pobreza sociocultural

Las diversas definiciones de pobreza han evolucionado hacia conceptos más amplios que el puramente económico que era el significado original de dicho concepto. Hoy el vocablo pobreza no incluye *«sólo la carencia de recursos materiales que permiten cubrir las necesidades biológicas básicas (pobreza absoluta) o la disponibilidad de unos recursos inferiores a los que se disfrutaban, por término medio, en una determinada sociedad (pobreza relativa), sino también la posibilidad de satisfacer las necesidades de tipo social, psicológico y cultural propias del modo de vida que se considera aceptable en la sociedad de referencia»*⁷.

Lo expresado en el párrafo precedente nos da pie para afirmar que nuestro propósito es la medición de la intensidad o gravedad de la pobreza existente desde una perspectiva más sociológica que la simplemente económica. *«En este caso se trata de estudiar la pobreza por lo que tiene: males y problemas, más que por lo que no tiene: dineros y bienes»*⁸.

⁶ Sobre este punto es interesante todo el cap. 7 del estudio, *Las condiciones de vida de la población pobre de la provincia de Toledo*, Fundación Foessa, Madrid 1997, pp. 133-147.

⁷ CES, Informe 8: *La pobreza y la exclusión social en España*, Consejo Económico y Social, Madrid 1997, p. 1.

⁸ «Las condiciones de vida de la población pobre de la provincia de Toledo», *op. cit.*, p. 178.

La complejidad del fenómeno de la pobreza hace que hoy comience a hablarse cada vez más, sobre todo en la Unión Europea, de otro término que supera lo estrictamente económico. Nos referimos al concepto de *exclusión social* como fenómeno estructural, dinámico y multidimensional. Dicho concepto «engloba las causas y los efectos de la pobreza y permite, además, designar los procesos, situaciones, y mecanismos en función de los cuales una parte de la población, personas, grupos o territorios, queda al margen de la participación en la vida social y económica»⁹.

Dicho con otras palabras, «pobreza y exclusión social no se debe solo a la insuficiencia de los recursos económicos sino que se refleja también en los ámbitos de la vivienda, la formación, el empleo, la enseñanza, la salud, el acceso a los servicios, etc., e implica la implantación de estrategias coherentes y de sinergias adaptadas a las particularidades de las situaciones locales o nacionales, y no la simple yuxtaposición de acciones aisladas ajenas unas a otras o imbricadas de forma caótica»¹⁰.

Hablar de exclusión es manifestar que el problema ya no es solo de desigualdades entre los extremos de la escala social, sino también de distancia desde la Escuela del cuerpo social, entre la Escuela y la periferia. La exclusión, incluye, la dimensión económica, ciertamente, pero también los mecanismos por los que las personas y grupos se ven excluidos de la participación en los intercambios, prácticas y derechos sociales que constituyen la integración social. El concepto de exclusión social engloba las causas y los efectos de la pobreza.

Los factores que generan esta exclusión social son consecuencia de los cambios estructurales de las economías y sociedades: «*persistencia del*

⁹ Informe 8, *op. cit.* p. 2.

¹⁰ Comisión de las Comunidades Europeas: Programa de acción a medio plazo para luchar contra la exclusión social y promover la solidaridad e informe sobre la aplicación del programa para la integración económica y social de los grupos menos favorecidos (1986-1994), p. 49

desempleo; mutaciones industriales y consecuencias en el mercado laboral; cambios en las estructuras sociales y familiares; evolución del sistema de valores, como la solidaridad y la cohesión; tendencia a la fragmentación social y sus consecuencias en cuanto a la participación en las instituciones representativas tradicionales y evolución de los fenómenos migratorios»¹¹.

De una forma práctica puede observarse que la pobreza, es una situación afectada, básicamente, por el componente de penuria económica, aunque ni se reduzca a ello ni sea inteligible sólo desde este elemento. Y que la exclusión es una situación en la que determinadas estructuras y procesos establecen condiciones de expulsión de la dinámica social, consolidando condiciones de vida que quedan «fuera» de la integración social, contemplando entre ellas igualmente la dimensión de los ingresos...

Lógicamente, lo ideal será combinar ambos aspectos para la identificación de las situaciones de pobreza/exclusión, y para la elaboración de indicadores operativos que ayuden a actuaciones e intervenciones más adecuadas.

En nuestros respectivos ámbitos territoriales podemos encontrar determinados colectivos que por diversos motivos pueden encontrarse *de facto*, no *de iure* en situación de mayor o menor exclusión social. Es el caso de las minorías étnicas y culturales: gitanos, inmigrantes (extranjeros o procedentes de otras comunidades autónomas), transeúntes, vagabundos, etc. Será pues, necesario, conocer en qué grado estamos conviviendo, sabiéndolo o no, con este tipo de exclusiones y, al mismo tiempo, qué respuestas están poniéndose en práctica.

¹¹ Informe 8, *op. cit.* p. 4.

1.3. Pobreza educativa

Una de las pobreza más visible es el **fracaso escolar**, que supone en muchos casos la llave de entrada de la exclusión social. Fracaso que puede estar motivado por múltiples causas: escolaridad mal llevada, no haber contado con mediadores hábiles y competentes, la propia evolución psicológica del alumno, la desestructuración del medio familiar, la fuerza de los grupos de referencia, el contexto social del barrio donde se vive, etc. El fracaso escolar puede llevar al **abandono de la escuela**, con lo que esto implica en los procesos de adaptación a un nuevo ambiente, al **abandono de los estudios** y la incorporación o no al mundo laboral, o bien, puede ir conviviendo con la permanencia del alumno en la Escuela durante uno o varios años con todos los efectos colaterales subsiguientes.

Pero en la escuela no sólo se dan situaciones de pobreza relacionada con lo intelectual, lo reglado, lo escolar, los contenidos, sino también con el mundo de los sentimientos y de los afectos. Podríamos denominarla, con Goleman, *analfabetismo emocional*¹².

Ya en 1943 Maslow desarrolló una teoría sobre el orden específico del desarrollo de impulsos en términos de la historia individual de cada satisfacción. Como sabemos partía de que las necesidades humanas se han desarrollado según un orden que va de los impulsos «inferiores» a los «superiores». En primer lugar están las *necesidades fisiológicas* (hambre, sed, etc.). En segundo lugar, las *necesidades de seguridad* (paz, orden, etc.). En tercero, las *necesidades de pertenencia y de amor* (afecto, identificación, etc.). En cuarto lugar, las *necesidades de estimación* (prestigio, éxito, autorespeto, etc.). Y, finalmente, las *necesidades de autorrealización* (deseo de llegar a ser lo que es uno mismo).

¹² Daniel Goleman, *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona 1997, pp. 355-440.

Pero, la realidad sociológica de la familia actual es bastante preocupante en cualquiera de los mundos del desarrollo, como para poder asegurar a los niños y jóvenes la cobertura de las necesidades de las que nos habla Maslow. Las dificultades que encuentran las familias, están identificadas a partir de las realidades locales concretas. Hay, ciertamente, dificultades anexas a situaciones de desarraigo y de migraciones. Existen también dificultades provenientes de una adaptación deficiente al mundo urbano o megaurbano. Hay niños que trabajan en el seno de su propia familia o en el exterior. Las consecuencias de la desintegración de la célula familiar sobre el equilibrio de los niños son bien claras así como la de la multiplicación de las familias monoparentales, la de la constitución de nuevos hogares sobre un hogar anterior ya establecido, la de la existencia de padres o madres alcohólicos, drogadictos, en la cárcel, etc.

Todo lo anterior genera una potente bolsa de pobreza afectiva que erosiona el equilibrio y la madurez de afectos y sentimientos tan necesarios para una sana evolución psicológica. Es, pues, importante y urgente, conocer los tipos de pobreza afectiva existente en nuestros centros educativos así como los medios que tiene establecidos para hacer frente a la misma.

El vacío afectivo puede sentirlo el niño o el joven no sólo en el ámbito familiar o social sino dentro del propio marco escolar. Debe percibir la aceptación y el cariño tanto de sus propios compañeros de clase (sobre todo) o de la Escuela, como de sus profesores. Los alumnos son extremadamente sensibles a las discriminaciones afectivas y valorativas de los adultos.

Cualquiera de los tipos de pobreza anteriormente descritos pero, sobre todo, la originada por falta de cariño y de afecto, puede desembocar en situaciones de baja autoestima o de depresión. Daniel Goleman llega a afirmar que *«el precio de la modernidad es, precisamente, el aumento de la depresión. Del mismo modo que el siglo xx ha estado caracterizado por ser la Era de la Ansiedad, los años que jalonan el final de este milenio parecen anunciar*

el advenimiento de una Era de la Melancolía. [...]Y aunque las probabilidades de padecer una depresión se incrementan con la edad, en la actualidad el aumento más alarmante se produce entre los individuos más jóvenes»¹³.

En la misión educativa no resultará fácil detectar, acompañar y dar salida positiva a situaciones depresivas de alumnos o familias. Pero, sí será muy bueno estar muy sensibilizado al respecto y unir esfuerzos y estrategias operativas en esa dirección.

Como muy bien afirmó Luis Vives, «pobreza es cualquier clase de necesidad acreedora de ayuda ajena»¹⁴. Tanto la *necesidad* como la *ayuda* están en relación con el tipo de contexto sociocultural del que estemos hablando. El *estado de malestar* que supone toda forma de pobreza es inseparable del otro *estado de bienestar* que lleva consigo cualquier forma de riqueza. Necesidad y ayuda, serán, pues, dos elementos que tendremos que tener muy presentes, pero ambos debidamente contextualizados.

1.4. Pobreza en valores

Padres y Educadores saben muy bien de la falta de valores tradicionales en el medio familiar y escolar. La sinceridad, la verdad, el respeto, la honradez, la libertad, la laboriosidad, la capacidad de esfuerzo, el ahorro, la solidaridad, la fraternidad, el amor, la constancia, la confianza, la obediencia, lo religioso o trascendente, y un largo etcétera de valores, brillan por su ausencia, en algunas ocasiones al menos, en esos medios y en la sociedad en general.

¹³ *Inteligencia emocional, op. cit.*, p. 371.

¹⁴ Luis Vives, *Del socorro de los pobres*, Herder, Barcelona 1992, p. 52.

Podemos decir, sin duda, que no solamente se da una secularización en el campo de lo religioso en cuanto que estos valores ya no tienen relevancia social ni constituyen un punto de referencia en la vida personal y social, sino que se da también, en cierto modo, una *secularización valorativa*. Es la hora de la posmodernidad, en el sentido más radical y negativo de este concepto. Es la prevalencia del reino del yo absoluto. Lo que importa ante todo y sobre todo es el mundo de los intereses de cada persona y/o de cada grupo. Y no se mira otra cosa, caiga quien caiga y caiga lo que caiga.

Es una gran pobreza si se mira bien. Una pobreza que no aparece en las estadísticas convencionales de organismos oficiales o privados. Una pobreza que no se contempla en el Plan de las Naciones Unidas para el desarrollo, ni en la Memoria de Caritas Nacional o Diocesana. Una pobreza a la que en cierto modo nos hemos acostumbrado, porque creemos que ya forma parte connatural de los tiempos modernos.

Sabemos bien que la escuela, y sobre todo la escuela cristiana, está haciendo un gran esfuerzo por incorporar a su curriculum, serios proyectos de educación en valores. Y no debe cejar en este empeño. Pero habrá que hacer realidad aquella célebre frase de A. Einstein: «*En tiempo de crisis, la imaginación está por encima del conocimiento*». Esta imaginación debe traducirse no sólo en planes creativos y atractivos desde la vertiente del conocimiento sino en formas prácticas y medios muy concretos donde el testimonio de cada uno de los componentes de cada estamento educativo, sea la mejor garantía de que estos valores están siendo no solamente conocidos sino interiorizados en lo más profundo de la personalidad.

La incorporación de minorías étnicas y culturales en nuestros centros educativos proporciona una magnífica plataforma para la educación en valores. En este sentido hay que saber dar el salto desde lo pluricultural a lo intercultural. De este modo sabremos enriquecernos con lo positivo de la gente que nos viene de más allá de nuestras fronteras geográficas, culturales o religiosas. Lo contrario significaría una tolerancia pasiva, cuando no un choque de mayor o menor intensidad entre esas minorías y nosotros.

2. LOS RETOS DE LA ESCUELA CRISTIANA ANTE EL MUNDO DE LOS POBRES¹⁵. CLAVES EVALUADORAS

Es de vital importancia conocer bien la identidad de la pobreza y los rostros nuevos que la pobreza está tomando en nuestros días y en los países tanto desarrollados como subdesarrollados o del Tercer Mundo. Por eso, hemos dedicado bastante espacio a desgranar cada uno de los tipos principales de pobreza. De este modo estaremos en mejores condiciones de poder respirar los aires de pobreza en los diferentes ambientes educativos donde nos encontremos. Ahora toca abordar el papel que la escuela cristiana tiene y debe tener ante la realidad de las pobrezas.

Por definición, la escuela cristiana debe ser escuela para los pobres, no escuela de pobres. Y digo por definición, porque la escuela si lleva este apellido, debe ser fiel al mismo. No descubrimos nada nuevo a estas alturas si decimos que los pobres fueron el sector social preferido por Jesús. Jesús nació pobre, vivió pobre, con los pobres y para los pobres, y murió pobre. Y los proclamó bienaventurados (Mt 5, 3). Y la escuela cristiana si quiere ser coherente y auténtica, debe educar con los pobres y para los pobres. Y debe considerar a los pobres económicos, intelectuales, afectivos, en valores, etc. Donde haya un alumno pobre, una familia pobre, allá debe estar el maestro cristiano, la escuela cristiana, etc., para sacarle de su pobreza y enriquecerle con la acción educadora.

El primer reto que se le plantea a la escuela cristiana es el de saber dar una respuesta convincente a estas preguntas: ¿hay pobres en mi escuela? ¿quiénes son? ¿qué rasgos les caracteriza? Son preguntas necesarias. Sí, necesarias a pesar de su aparente simpleza. Un educador cristiano, una institución cristiana, en cualquier contexto socioeconómico donde se encuentre y desde

¹⁵ Remitimos al lector a dos números de *Sinite* donde se aborda el tema de la pobreza desde el contexto escolar. Son el número 115 (Mayo-Agosto 1997): «*El nuevo entorno social y la escuela cristiana*» y el número 127 (Mayo-Agosto 2001): «*Escuela cristiana y educación en la justicia*».

su comunidad cristiana, debe saber responder sin ambigüedades y con profundidad suficiente.

Pero la escuela cristiana no debe mirar sólo hacia dentro de sus muros. Ella misma debe ser un claro referente evangélico en el barrio o localidad donde está ubicada. Por eso debe interesarse e iniciar una búsqueda de información sobre la realidad de los pobres y de las pobrezaes en los organismos públicos y privados: administraciones públicas provinciales y locales, ayuntamientos, caritas diocesanas y parroquiales, entidades privadas, etc. Se hace igualmente imprescindible la búsqueda de fuentes documentales en bibliotecas, hemerotecas, internet, etc. Ya es hora de que la escuela disponga de datos actualizados de su localidad en torno a barrios y clases sociales, población activa y paro, índice de analfabetismos, minorías étnicas y culturales. Debe la escuela disponer de información exhaustiva sobre cuáles son las principales necesidades de la localidad en los ámbitos económico, sociocultural, educativo, humano, etc.

Y en ese espejo de la localidad es donde debe mirar la escuela cristiana para luego poder mirar hacia dentro de sus paredes y contemplar cuántos pobres de la localidad acuden a sus aulas, cuáles son sus principales carencias y qué está haciendo desde su proyecto educativo por hacer frente a esas pobrezaes.

La escuela cristiana debe interrogarse sobre si su ubicación geográfica actual es un factor condicionante negativo para que los pobres accedan a la misma. Debe conocer cuántos alumnos sufren un retraso escolar considerable, cuántos alumnos se ausentan o abandonan la escuela porque tienen que ayudar a su familia, por fracaso escolar, por falta de motivación, o porque prefieren quedarse en la calle con sus amigos. Todo ello nos está indicando signos de pobreza. Signos de pobreza son, igualmente, los alumnos disminuidos psíquicos o físicos, los que tienen trastornos conductuales serios, aquellos que son víctimas de malos tratos o sufren las consecuencias de negligencia familiar por el excesivo trabajo de

sus padres, los que pertenecen a minorías étnicas y culturales, los que deben su permanencia en el centro a ayudas económicas que reciben de la administración pública o del propio centro, etc.

El centro cristiano debe mirar también las pobreza en las familias de sus alumnos. Son o pueden ser indicadores de pobreza familiar: el tipo de vivienda que disponen, las dificultades económicas que tienen a la hora de hacer frente a determinadas necesidades, la ocupación y nivel de estudios del padre y de la madre, los hogares monoparentales (hijos de madres solteras, hijos con un solo padre o madre por separación o abandono de uno de los cónyuges), matrimonios de segundas o terceras nupcias para uno o los dos cónyuges, familias pertenecientes a minorías étnicas y culturales, etc.

La pobreza en valores es algo, evidentemente, que debe ser objeto de atención preferencial del centro tanto con los alumnos como con sus familias.

Y del conocimiento a la acción. El centro cristiano debe activar todos los recursos humanos y materiales a fin de atender adecuadamente los tipos de pobreza detectadas tanto en su interior como en su entorno inmediato y mediato. Por eso tendrá necesidad de poner en práctica programas de formación y sensibilización en las nuevas pobreza, adaptaciones curriculares individualizadas, adaptación de horarios, desaparición de barreras arquitectónicas, programas para alumnos con necesidades educativas especiales, ofrecimiento estructurado de personal de ayuda, programas de refuerzo educativo, reestructuración y flexibilización de los grupos de aula, potenciación de las tutorías y del servicio de orientación, clases de lengua para inmigrantes, etc.

Pero un centro cristiano no debe mirar sólo hacia su interior sino que también debe hacerlo a su entorno inmediato en la medida de sus posibilidades. Esto es, debe ser misionero. Los niños, jóvenes y adultos de la localidad, que sean desfavorecidos o excluidos socialmente deben encontrar siempre abiertas sus puertas y una acogida calurosa por parte de sus educadores.

La realización de visitas significativas a lugares donde la pobreza esté presente bajo cualquiera de sus manifestaciones: residencias de ancianos, psiquiátricos, cárceles, barrios marginales, centros ocupacionales, la organización de semanas de realidades humanas, etc., debe formar parte del proyecto educativo anual de una escuela cristiana. Otras veces serán los representantes de estas entidades los que vengan al Centro para dar a conocer esas realidades.

En el conocimiento y respuesta a pobreza del entorno inmediato no deben faltar otras acciones como la promoción del asociacionismo y del voluntariado, las denuncias en los medios locales de comunicación de injusticias sociales, la colaboración con otras instituciones locales como servicios sociales municipales, Caritas, ONG, instituciones religiosas, etc.

Finalmente el carácter misionero de la Escuela Cristiana debe llevar a ésta a organizar proyectos y actividades encaminadas a solidarizarse con las pobreza de todo tipo que existen en esos países que llamamos del Tercer Mundo, a través de la participación en las campañas tales como Domund, Manos Unidas, Campaña contra el Hambre, Infancia Misionera, proyectos de colaboración (de verano, por uno o más años, indefinido...), voluntariado, etc.

Las verdaderas claves evaluadoras para saber si la escuela cristiana está en la onda evangélica del servicio educativo a los pobres, radican por un lado, en el número de acciones concretas y de programas puestos en práctica para dar una respuesta adecuada a dicho servicio. Por otro lado, hay que ver cuál es la implicación concreta en extensión y/o intensidad de cada estamento educativo.

Es necesario que aprendamos a percibir cada vez mejor el mundo tan variopinto y complejo de las nuevas pobreza. Recordemos que habrá un pobre donde haya alguien que necesite un tipo de ayuda sin la cual esa persona queda en inferioridad de condiciones para superar la barrera de lo que podemos

considerar como nivel básico de dignidad humana. Habrá un pobre donde haya alguien que no tenga fácil acceso a ese bien fundamental de toda persona humana que es el derecho a la vida y a una vida digna en la que esté asegurada la comida diaria, el vestido, el techo, las necesidades afectivas y todos los derechos y libertades propias de los seres humanos.

No podríamos sentirnos muy satisfechos si nuestro mayor timbre de gloria fuera únicamente las calificaciones académicas obtenidas por nuestros alumnos, los tipos de carrera que han cursado, los puestos de trabajo conseguidos o los cargos públicos a los que han llegado. No podríamos sentirnos muy satisfechos si nuestra escuela girara exclusivamente alrededor de la calidad educativa sin importarnos mucho quién realmente se beneficia de la misma.

Deberíamos sentirnos muy satisfechos si nuestra escuela cristiana fuera percibida por los pobres y excluidos de su entorno inmediato como el verdadero hogar donde encontraron acogida, cariño, comprensión, formación humana y religiosa, y donde recuperaron también la dignidad perdida de seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

CES, Informe 8: *La pobreza y la exclusión social en España*, Consejo Económico y Social, Madrid 1997.

COMISIÓN DE LAS COMUNIDADES EUROPEAS. *Programa de acción a medio plazo para luchar contra la exclusión social y promover la solidaridad e informe sobre la aplicación del programa para la integración económica y social de los grupos menos favorecidos* (1986-1994).

«El nuevo entorno social de la escuela cristiana», *Sinite* 115 (1997).

«Escuela cristiana y educación en la justicia», *Sinite* 127 (2001).

GOLEMAN, Daniel *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona 1997.

GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio, *Nuestros señores los pobres*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Vitoria, 1996.

La pedagogía de los Centros La Salle. Cuaderno 4. Bruño, Madrid 1999.

Informe sobre las condiciones de vida de la población pobre en España. EDIS, Junio 1998.

MENOR, M. y otros, «Educación y Exclusión Social», en *Documentación Social* 106 (1997).

RODRÍGUEZ MARADIAGA, Oscar Andrés, *El desarrollo humano, una llamada permanente de la Iglesia*, en *Vida Nueva* 2.340 (2002), 18-28.

RUIZ-HUÉRTA, Jesús, «La pobreza en España: ¿Qué nos muestran las encuestas de presupuestos familiares?», *Revista de Documentación Social* 96 (1994).

VIVES, Luis, *Del socorro de los pobres*, Herder, Barcelona 1992.